

Vladimir Popov, uno de los expertos más originales de economía comparada en Rusia, nació en Moscú en 1954, y obtuvo su licenciatura en la Universidad Estatal de Moscú en 1976. Aunque en un principio se especializó en las economías de Estados Unidos y Canadá, más tarde se preocupó de la URSS durante el periodo de la perestroika, y escribió, junto a Nikolai Shmelev, una serie de textos acerca de las reformas iniciadas por Gorbachov, que fueron publicadas con el título El punto de inflexión en 1989. A esta publicación le siguió en 1991 Del plan al mercado. La economía soviética en transición. Llama la atención que Popov predijera una profunda e inminente recesión, basada en la estimación de que la contracción económica tendría una magnitud parecida a la de la Gran Depresión estadounidense, mientras que numerosos apologistas del libre mercado, que esperaban un milagro capitalista instantáneo, restaron validez a su advertencia tachándola de excesivamente pesimista, cuando en realidad no lo era lo bastante: en vez de reducirse en un tercio, el PIB se contrajo más del 50 por 100, y la profunda depresión duró casi una década.

Durante la década de 1990 Popov enseñó e investigó en varios países—Alemania, Finlandia, Italia, Japón, Suecia, Estados Unidos y Canadá— antes de poner su mirada en Asia para escribir, junto a Manuel Montes, The Asian Crisis Turns Global [La globalización de la crisis asiática] en 1999. La sobriedad del análisis, la solidez de los datos empíricos y el enfoque marcadamente comparativo de Popov se desplegaron de nuevo en un ensayo del año 2000 que ha supuesto un hito, «Shock Therapy vs Gradualism: The End of the Debate» [Terapia de choque versus gradualismo. El fin del debate]. Aquí, los resultados de las reformas de mercado en la antigua Unión Soviética y Europa central y del este fueron evaluados comparando estas últimas con las emprendidas en China y en Vietnam. A juicio de Popov, ni la velocidad ni la extensión de la liberación explicaban las variaciones de las suertes posteriores de estos países; antes bien, éstas podían explicarse a partir de las condiciones existentes, de los niveles de desarrollo y de la fortaleza de las instituciones.

Three Drops of Water [Tres gotas de agua] (2002) libro en el que Popov intentaba contrarrestar una sinofobia profundamente arraigada en la cultura y en la política rusa situando los resultados de la RPCb en una perspectiva histórica. En un artículo reciente, Popov ha sostenido que el crecimiento chino se sostiene sobre «los logros del periodo maoísta», así como en una continuidad institucional que hunde sus raíces en una historia milenaria. Observando que el vertiginoso desarrollo de China es el primero basado en un modelo nativo y no occidental, llega a una conclu-

sión de lo más estimulante: «Si esta interpretación es correcta, las próximas grandes regiones que colmarán con éxito la brecha del desarrollo serían los países islámicos de Oriente Próximo y el Magreb y del sudeste asiático, mientras que América Latina, el África subsabariana y Rusia podrían quedarse rezagados».

¿RUSIA REDUX?

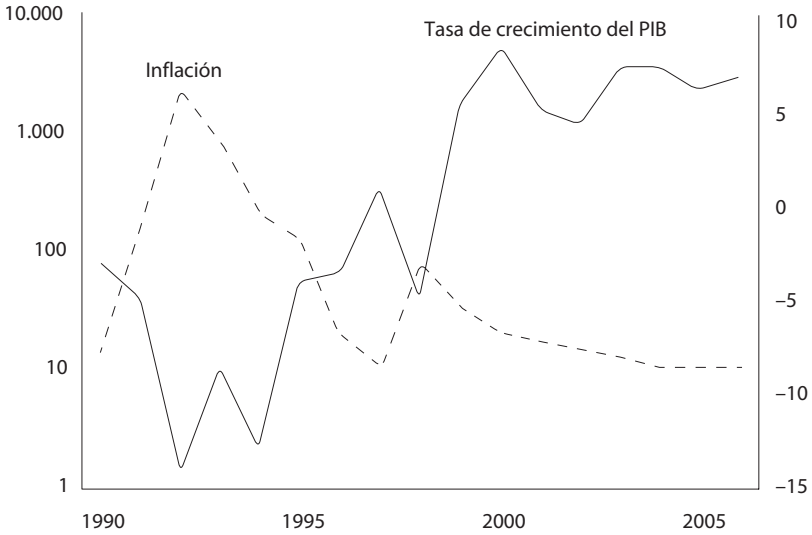
En la primavera de 2008, Rusia tendrá nuevo presidente y parlamento. Aunque las cuotas de popularidad del presidente Putin son considerablemente altas –si las elecciones se celebraran mañana, ganaría en la primera ronda con más del 50 por 100 de los votos– la constitución le impide presentarse a un tercer mandato. Ha habido mucha discusión en la prensa acerca de los candidatos que podrían sucederle –Dimitri Medvedev, vicepresidente, es el más citado para la sucesión– pero casi nadie duda de que será Putin el que nombre a su sucesor. Es posible incluso que Putin permanezca como jefe del partido dominante, como presidente del gobierno o como ambos a la vez. Así, pues, cabe esperar que el traspaso de poder sea tranquilo, garantizando la continuidad del régimen actual. Sin embargo, el estudio de los recientes resultados socioeconómicos de Rusia pone de manifiesto una serie de problemas que supondrán para el sucesor de Putin un orden del día lleno de dificultades.

Después de perder el 45 por 100 de su producción en 1989-1998, la economía rusa empezó a expandirse en 1999: el PIB creció a un ritmo del 6 por 100 anual, llegando al 10 por 100 en 2000, y al 4-7 por 100 durante el periodo 2001-2006. El principal impulso para esta recuperación vino de la mano de la devaluación del rublo en 1998 y, más tarde, de la subida de los precios del petróleo y del gas (figura 1); pero Putin puede atribuirse al menos el mérito de no haber arruinado ese crecimiento. La inflación cayó del 84 por 100 en 1998, cuando los precios se dispararon tras la crisis monetaria y la devaluación del rublo en agosto de 1998, al 10-12 por 100 durante el periodo 2004-2006.

Sin embargo, conforme a una perspectiva comparada, los resultados de Rusia no son tan impresionantes. Muchas otras antiguas repúblicas soviéticas –Azerbaiján, Bielorrusia, Estonia, Kazajstán, Letonia, Lituania, Turkmenistán, Uzbekistán y, con arreglo a algunos cálculos, Armenia– alcanzaron o superaron sus niveles de producción anteriores a la recesión (1989) en 2006, mientras que el PIB ruso estaba entonces sólo al 85 por 100 del nivel de 1989 (figura 2). El índice de desarrollo humano de Rusia (si tenemos en cuenta no sólo el PIB per cápita, sino también la esperanza de vida y los niveles de educación) sigue siendo inferior al de la URSS

y está incluso por debajo del de Cuba, donde la esperanza de vida es de 77 años, frente a 65 en Rusia. China, con una esperanza de vida de 72 años, se aproxima con rapidez a las posiciones que ocupa Rusia en términos de desarrollo humano (figura 3).

Figura 1. Ritmo de crecimiento del PIB e inflación en Rusia, 1990-2005 (porcentajes)

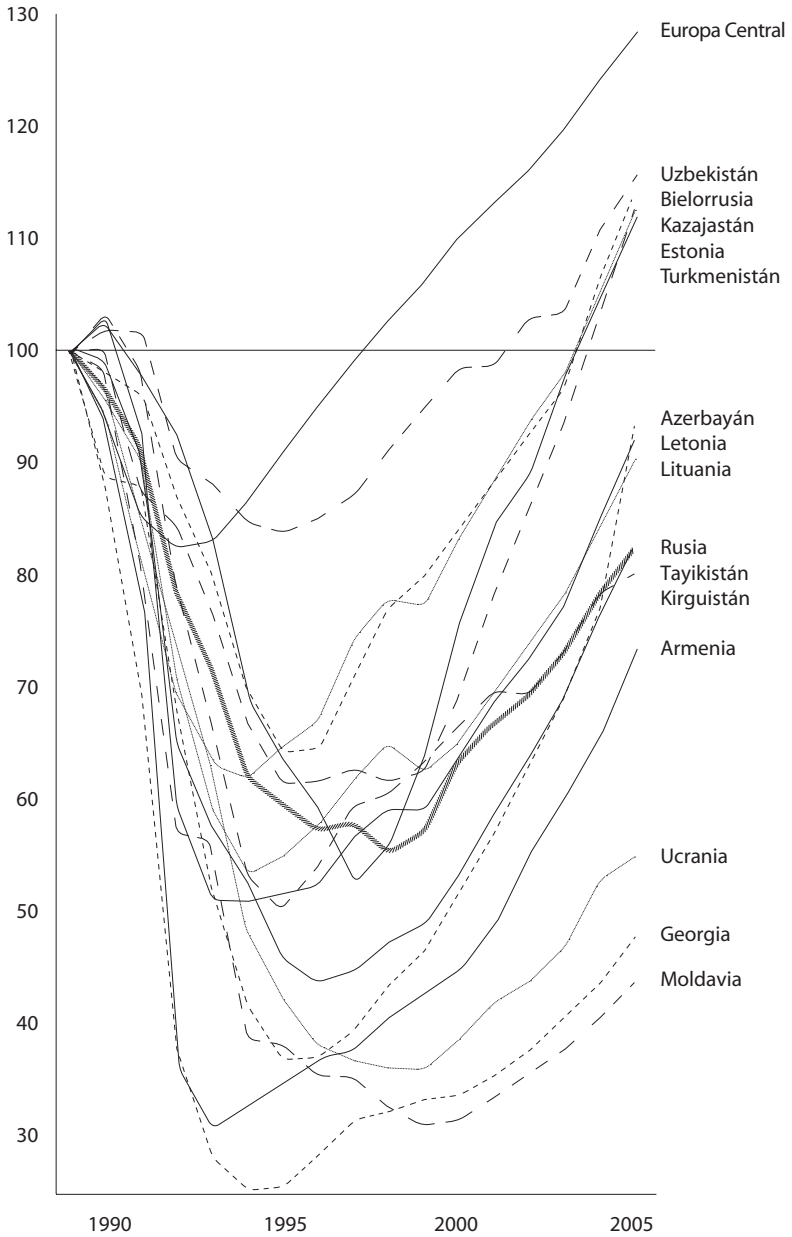


Las cifras de inflación remiten a la escala logarítmica de la izquierda, y corresponden al IPC, de diciembre a diciembre; las cifras de 2006 son estimaciones.

Fuente: RosStat.

Pero al menos ahora hay más estabilidad en Rusia que durante la agitada década de 1990. Las cuentas públicas pasaron del déficit al superávit, se detuvo la disminución de los porcentajes de gastos e ingresos del Estado (figura 4), el endeudamiento público –doméstico y externo– disminuyó (figura 5), mientras que las reservas de divisas aumentaron hasta más de 250.000 millones de dólares hacia finales de 2006 (figura 6). En 2004 el gobierno creó un Fondo de estabilización para retener las ganancias inesperadas procedentes de la exportación de combustibles; en el verano de 2006 el Fondo tenía un depósito de más de 80.000 millones de dólares. Sin embargo, varios analistas han señalado que, habida cuenta del aumento del precio mundial de los combustibles en los últimos años, habría cabido esperar una aceleración del crecimiento económico, en vez de la disminución que tuvo lugar en realidad en 2001-2006 en comparación con 2000.

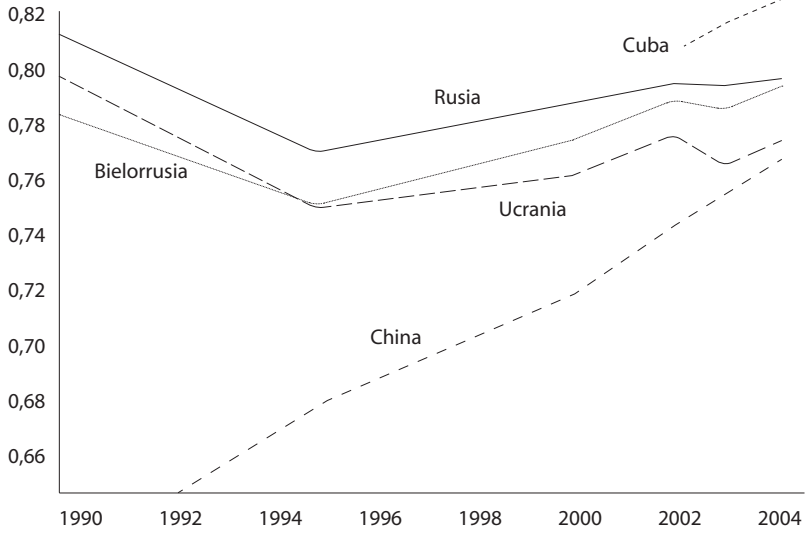
Figura 2. Cambios en el PIB en las economías de la antigua Unión Soviética



1989 = 100 por 100.

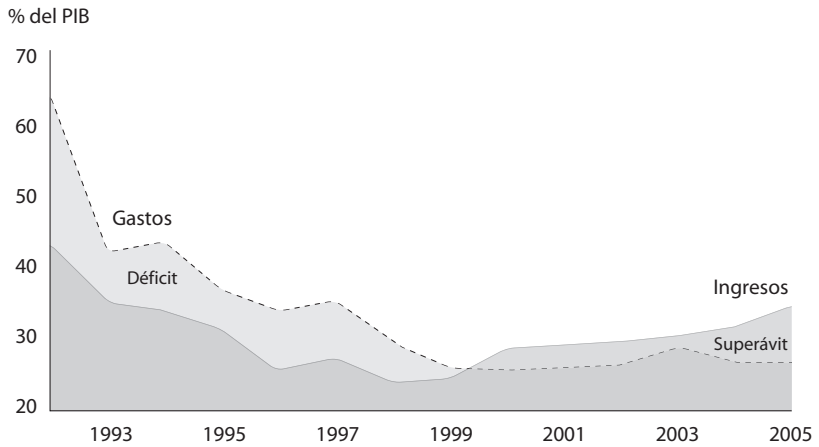
Fuente: ERBD, *Transition Report*, varios años.

Figura 3. Índices de desarrollo humano de la ONU, 1990-1992



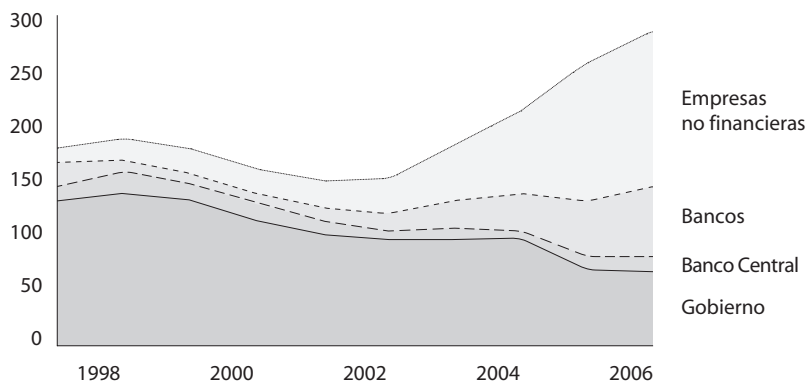
Fuente: UNDP, *Human Development Report*, 2006.

Figura 4. Gastos e ingresos del gobierno ruso



Fuente: RosStat y Ministerio de Finanzas ruso.

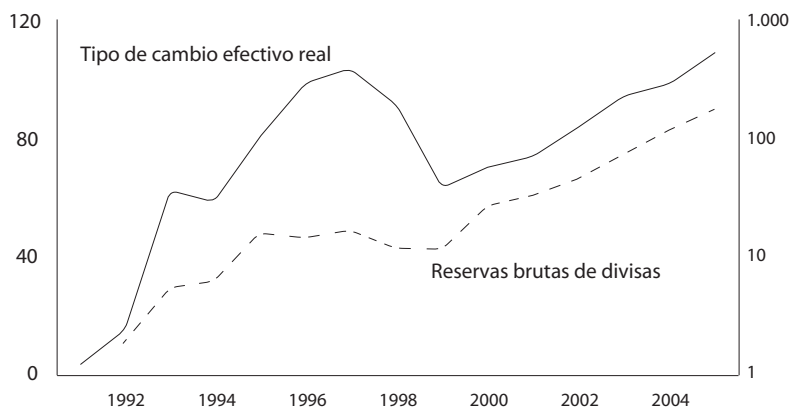
Figura 5. Deuda externa rusa (en miles de millones de dólares)



Banco Central incluye el endeudamiento del gobierno con el FMI (las cifras de 2006 son estimaciones).

Fuente: Banco central ruso.

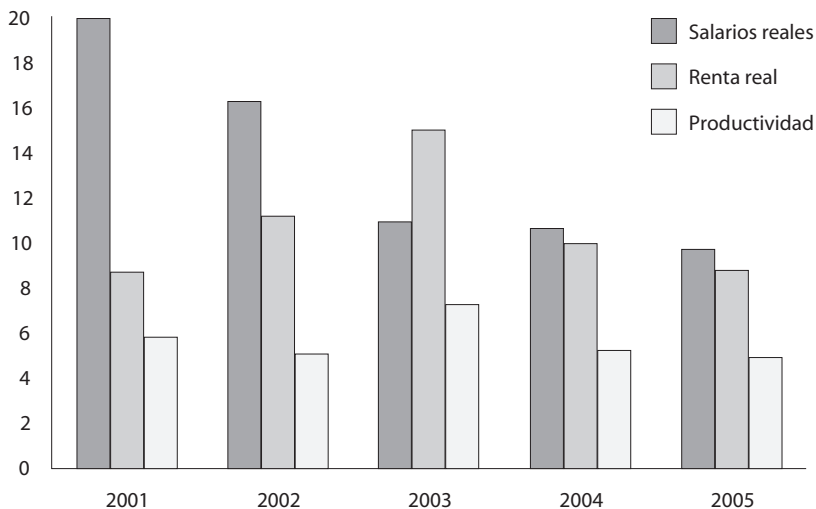
Figura 6. Tipos de cambio efectivos reales y reservas brutas de divisas



El tipo de cambio efectivo real remite a la escala de la izquierda: diciembre de 1995 = 100; las reservas brutas de divisas remiten a la escala logarítmica de la derecha; cifras en miles de millones de dólares, incluyendo reservas de oro.

Fuente: Banco central de Rusia.

Figura 7. Tasas de crecimiento anual de salarios, rentas y productividad (en %)

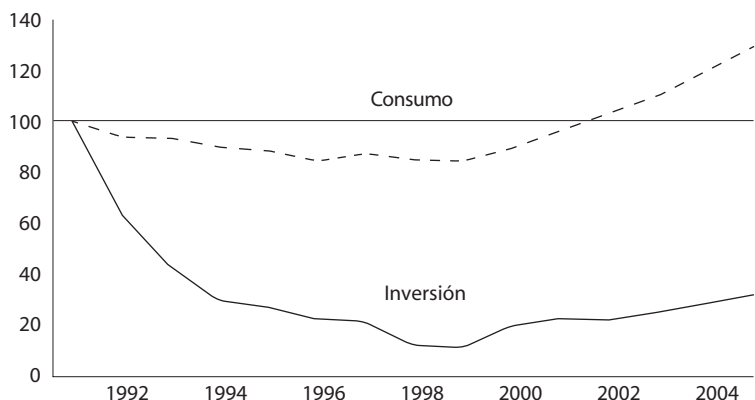


Fuente: RosStat.

La razón de la desaceleración del crecimiento en 2001-2006 fue la sobrevaloración de los tipos de cambio reales (figura 6): la típica enfermedad holandesa que Rusia ha desarrollado una vez más. Surgió por primera vez en 1995-1998, lo que condujo a la crisis monetaria asiática de agosto de 1998, y ahora parece que la historia se repite a sí misma. Los optimistas sostienen que, a diferencia de 1998, en la actualidad Rusia tiene grandes reservas de divisas (por encima de 250.000 millones de dólares), pero los pesimistas señalan que si caen los precios del petróleo y los capitales empiezan a huir a un ritmo de 5.000 millones de dólares por semana, como sucediera en julio-agosto de 1998, tales reservas no tardarían en agotarse. Una futura devaluación podría traducirse en una crisis monetaria o en un «aterrizaje suave», pero de lo que cabe estar prácticamente seguros es de que tendrá que producirse.

Además, el crecimiento actual no tiene fundamentos sólidos: en los últimos años los salarios y las rentas han crecido sistemáticamente más rápido que la productividad (figura 7), de tal suerte que la cuota del consumo en el PIB se ha expandido en menoscabo de los gastos en inversión. De resultas de ello, mientras que el consumo personal y público en Rusia ya ha superado los niveles anteriores a la recesión, la inversión sigue aún por debajo del 40 por 100 de las cifras que presentaba en el último año de existencia de la URSS (figura 8). El ahorro bruto ruso es considerable –por encima del 30 por 100 del PIB– pero tales recursos han sido dedicados a otros usos mediante la salida de capitales privados y la acumulación de reservas de divisas; de esta suerte, la inversión bruta asciende a menos del 20 por 100 del PIB.

Figura 8. Crecimiento de la inversión real y consumo total, 1991-2005



El consumo incluye las cifras tanto privadas como públicos.

Fuente: RosStat.

Asimismo, encontramos otra deficiencia importante en el crecimiento actual: el gobierno no ha conseguido utilizar los ingresos inesperados procedentes de las exportaciones de petróleo y gas en 2000-2006 para reparar las maltruchas instituciones del Estado y restaurar la provisión de bienes públicos fundamentales, tales como la seguridad ciudadana, la educación y la sanidad. En su lugar, el gobierno bajó los tipos impositivos, permitiendo que los beneficios procedentes de los recursos naturales puedan acumularse como renta personal y empresarial, y ha acumulado un superávit de las cuentas públicas. La participación del gasto público en el PIB apenas ha aumentado, permaneciendo en los niveles bajísimos de 1999, que se sitúa por debajo de la mitad de la tasa registrada durante la época soviética (figura 4).

Indicadores sociales

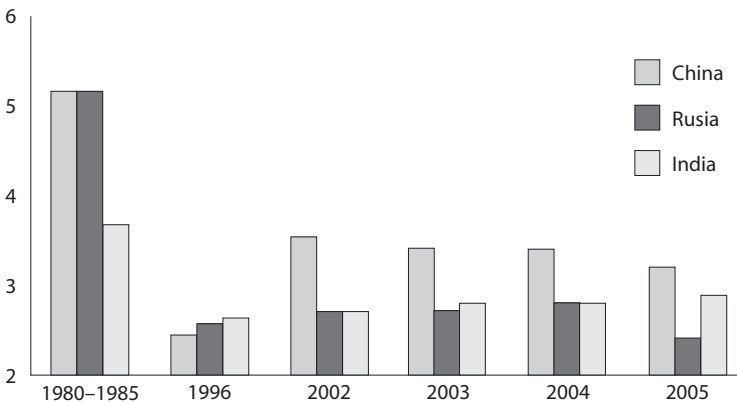
La inevitable inestabilidad económica de los próximos años tendrá un importante efecto en los futuros progresos políticos y sociales, pero tal vez menos que la dinámica de las capacidades institucionales del Estado. Un Estado fuerte y eficaz es aquel que tiene el poder de hacer cumplir sus normas y reglas, con independencia de su contenido. Las tasas de delitos y asesinatos y el tamaño de la economía sumergida son medidas naturales de la fortaleza de las instituciones del Estado. Los Estados fuertes pueden ser más o menos democráticos: tanto China como los países de Europa central, con tasas de asesinatos de cerca de 2 por cada 100.000 habitantes, tienen un Estado más fuerte que Rusia, con 25-30 asesinatos por cada 100.000 habitantes.

La idea del Estado implica que las autoridades públicas ejerzan al menos tres monopolios: el de la violencia, el de la recaudación de impuestos, y

el de la emisión de moneda (acuñación). Los tres monopolios se vieron socavados en Rusia durante la década de 1990 hasta tal punto que la existencia misma del Estado estuvo puesta en tela de juicio. El fracaso del Estado se extendió por todas partes y se tornó mucho más visible que el fracaso del mercado. En 1998, justo antes de la crisis monetaria, el sistema de pagos estaba a punto de desplomarse: el trueque superaba el 50 por 100 de las transacciones totales y las empresas estaban acumulando impagos (comerciales, fiscales y atrasos salariales), demorando el pago de sumas que pertenecían al gobierno, a sus socios y a sus trabajadores. Una vez que el crecimiento económico se restableció en octubre de 1998, los impagos y el trueque no tardaron en desaparecer, pero no hay garantía de que no vuelven a aumentar si las autoridades recurren a una política monetaria restrictiva.

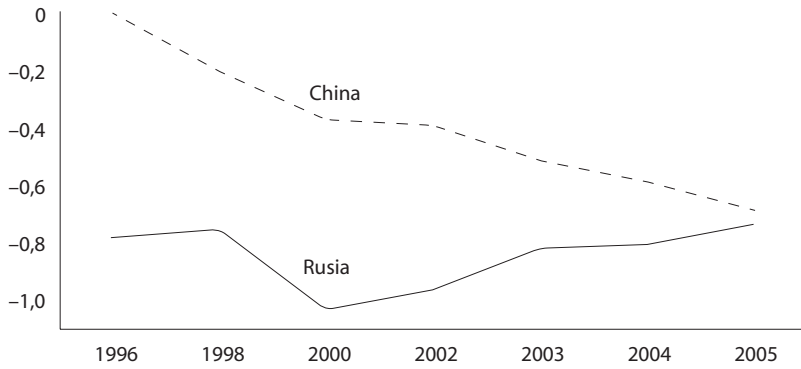
La recaudación de impuestos, después de un descenso espectacular en 1992-1998, aumentó levemente (véase figura 4), pero la causa hay que atribuirla a la reanudación del crecimiento, antes que a la disciplina fiscal. La eficacia del gobierno no ha mejorado en los últimos años: las diferentes estimaciones de la corrupción, de la eficacia del gobierno y del respeto de las leyes, aunque inevitablemente subjetivas por su propia naturaleza, contribuyen a poner de manifiesto una ausencia de progresos significativos (figuras 9-12). Asimismo, los bajos niveles de gasto significan que el Estado sencillamente no es capaz de proporcionar bienes públicos suficientes.

Figura 9. Índices de percepción de la corrupción, 1980-2005



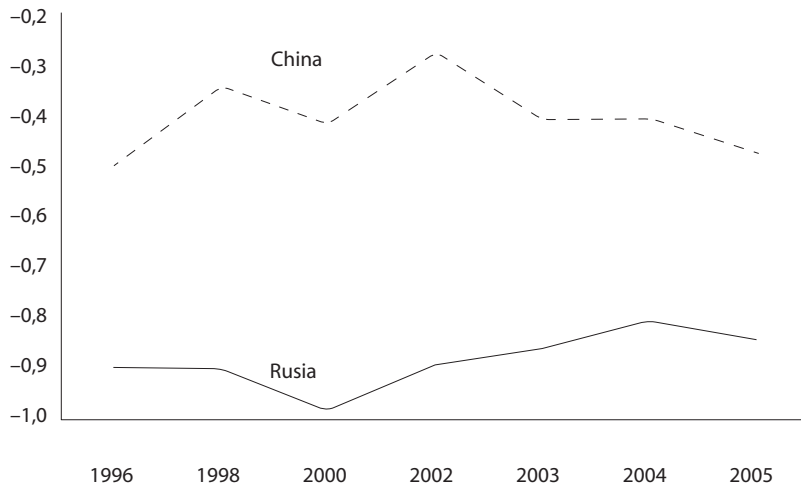
Fuente: Transparency International.

Figura 10. Índices de control de la corrupción del Banco Mundial



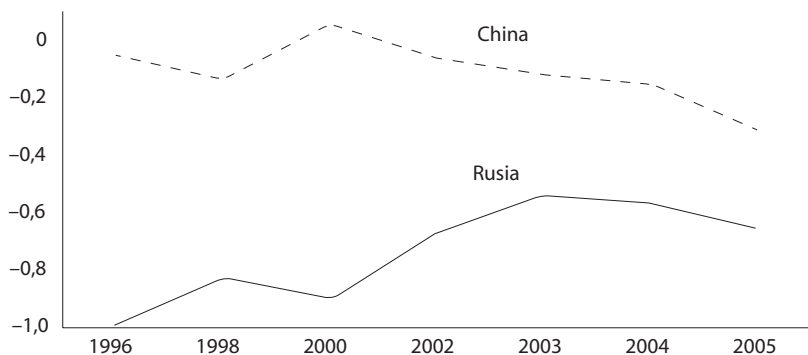
Fuente: World Bank Governance Indicators dataset, 2007.

Figura 11. Índices de respeto de la legalidad del Banco Mundial



Fuente: World Bank Governance Indicators Dataset, 2007.

Figura 12. Índices de eficacia del gobierno del Banco Mundial

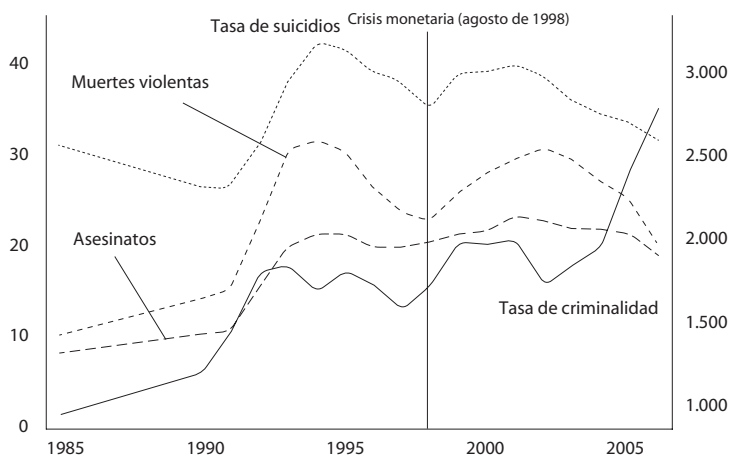


Fuente: World Bank Governance Indicators dataset, 2007.

Sin embargo, lo peor de todo es que la magnitud y la extensión de la criminalidad en la sociedad rusa siguen siendo inmensas. La tasa de criminalidad aumentó progresivamente en la Unión Soviética desde mediados de la década de 1960, pero después del hundimiento de la URSS se produjo un repunte brusco e inesperado y en apenas unos años las tasas de criminalidad y de asesinatos se duplicaron, equiparándose o incluso superando a los niveles más elevados del mundo (figura 13)¹. A mediados de la década de 1990 la tasa de asesinatos se mantenía en más de 30 por cada 100.000 habitantes, frente a 1-2 en Europa occidental y del este, Canadá, China, Japón, Mauricio e Israel. Sólo dos países (que no incluyen algunos Estados hundidos y desgarrados por la guerra en países en vías de desarrollo, de los que en cualquier caso no se dispone de estadísticas fiables) tenían tasas de asesinatos más altas –Sudáfrica y Colombia– mientras que en Brasil y en México las cifras son un 50 por 100 más bajas que las de Rusia. Incluso la tasa de asesinatos estadounidense, la más alta del mundo desarrollado –6-7 personas por cada 100.000– palidece en comparación con la de Rusia.

¹ Por regla general, las estadísticas de la criminalidad suelen considerarse no comparables entre distintos países, habida cuenta de las grandes variaciones en el porcentaje de delitos registrados. Sin embargo, los asesinatos quedan registrados minuciosamente por las estadísticas de criminalidad y de mortalidad (demográficas). Las primeras son más restrictivas que las segundas, puesto que sólo registran las muertes ilegales, mientras que las cifras demográficas cubren todos los asesinatos, incluidos los «legales», esto es, penas capitales y «daños colaterales» durante las guerras, operaciones policiales antiterroristas y de otro tipo. Ambas tasas se dispararon en Rusia a comienzos de la década de 1990 y permanecen en niveles sumamente altos. La brecha entre estos dos indicadores se amplió durante la primera y la segunda guerra de Chechenia (1994-1996 y 1999-2002); véase figura 13.

Figura 13. Tasas de asesinato, muerte violenta, suicidio y criminalidad, por cada 100.000 habitantes



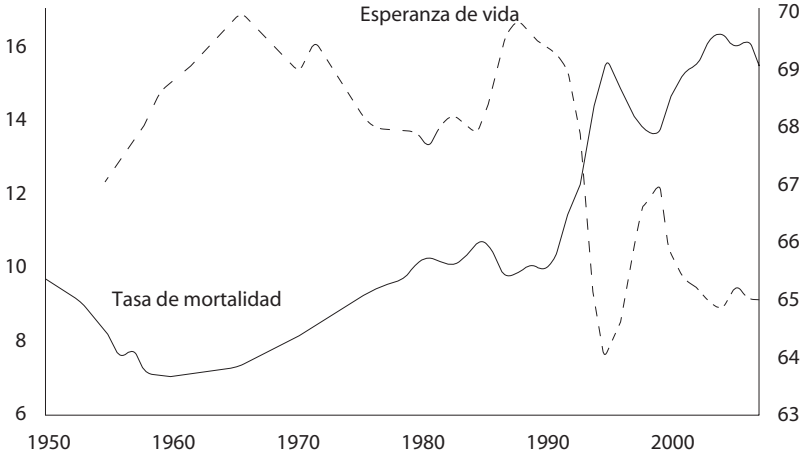
Escala de la izquierda: tasas de asesinatos, muertes violentas y de suicidios; escala derecha: tasas de criminalidad. Estimaciones para las cifras de 2006.

Fuente: RosStat.

Cuando la tasa de asesinatos llega a 40-50 personas por cada 100.000, como sucedió en Colombia en la década de 1990, el país se enfrenta a un hundimiento total de la autoridad del Estado y a una caída en el caos y en el caudillismo. El aumento sin precedentes de la tasa de criminalidad en la década de 1990, los espantosos –pero impunes– asesinatos de políticos, empresarios y periodistas de alto nivel, condujeron a las autoridades policiales y judiciales rusas a la quiebra moral y al Estado a una situación en la que estuvo a punto de perder el monopolio de la violencia.

La tasa de mortalidad rusa por causas externas (accidentes, asesinatos y suicidios) se había disparado a comienzos del siglo XXI a 245 por cada 100.000 habitantes. Esta tasa es más alta que la de cualquiera de los 187 países que registran las estimaciones de la OMS en 2002 (véase cuadro 1, enfrente). Equivale a 2,45 muertes anuales por cada 1.000, o de 159 por 1.000 por encima de los 65 años, que es la esperanza media de vida en Rusia en la actualidad. Dicho de otra manera, si estas tasas se mantienen en los mismos niveles, 1 de cada 6 rusos nacidos en 2002 tendrá una muerte «no natural». Desde luego, las tasas de asesinatos, suicidios y muertes accidentales de la década de 1980 fueron muy elevadas en Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Lituania, Estonia, Moldavia y Kazajastán, siendo varias veces más altas que otras antiguas Repúblicas soviéticas y países de Europa del este. Sin embargo, eran más o menos comparables a las de otros países con el mismo nivel de desarrollo. En la década de 1990, estas tasas aumentaron rápidamente, situándose a una considerable distancia de las del resto del mundo.

Figura 14. Tasa de mortalidad y esperanza media de vida, 1950-2006



Fuente: RosStat.

Cuadro 1. Muertes por causas externas por cada 100.000 habitantes, 2002

	Total	Accidentes	Suicidas	Asesinatos	Otros
Rusia	245	158	41	33	11
Sierra Leona	215	138	10	50	7
Burundi	213	64	7	18	124
Angola	191	131	8	40	13
Bielorrusia	172	120	39	13	0
Estonia	168	124	29	15	0
Kazajastán	157	100	37	20	0
Ucrania	151	100	36	15	0
Costa de Marfil	148	86	11	27	24
Colombia	134	36	6	72	19
Nigeria	133	113	6	14	0

En el caso de las muertes, «Otros» ha de atribuirse a causas externas identificadas, guerras, operaciones de policías o ejecuciones. Los totales pueden ser diferentes de la suma de las columnas debido al redondeo.

Fuente: OMS.

El logro más importante en los últimos años es la mejora de los indicadores sociales provocado por el crecimiento económico y la estabilidad política: el número de asesinatos alcanzó un máximo en 2002 y cayó en 2003-2006; la tasa de suicidios disminuyó en 2001-2006 (figura 13); la tasa

de mortalidad detuvo su crecimiento en 2004 (figura 14); después de alcanzar el punto más bajo en 50 años en 1999, la tasa de nacimientos comenzó a crecer, la tasa de matrimonios aumentó y la de divorcios bajó. Por otra parte, el aumento de casi un 60 por 100 en la tasa de criminalidad en 2002-2006 probablemente sea una señal de una mejora en el registro de los delitos. A decir verdad, las mejoras son muy marginales, y han aparecido sólo en los últimos dos o tres años, pero al menos son un rayo de esperanza que antes había desaparecido por completo.

¿Reconstruir el Estado?

La victoria del «Yedinstvo», el «partido del poder» en las elecciones parlamentarias de 1999 fue, entre otras cosas, una victoria de los pobres (las regiones subvencionadas) sobre los ricos (las regiones donantes), que habían agrupado sus fuerzas en torno al bloque Primakov-Luzhkov, «Otechestvo-Vsya Rossiya». Putin intentó poner límites a las regiones todopoderosas cambiando los principios del federalismo fiscal, nombrando virreyes presidenciales en siete regiones fusionadas y reformando el Consejo de la Federación, la cámara alta del parlamento ruso, que representaba los intereses de las 89 regiones. En 1999, Putin emprendió una segunda guerra contra Chechenia, negándose a negociar con los separatistas, que hoy por hoy han sido prácticamente derrotados. Lanzó una ofensiva judicial contra los «oligarcas», siempre dentro de los límites de la legalidad. Una serie de magnates fueron acusados de evasión fiscal y maquinaciones financieras; algunos emigraron, otros fueron arrestados. El único canal de televisión no gubernamental, NTV, fue cerrado (dicho sea de paso, con motivos completamente legítimos: el «oligarca» Gusinsky se había negado a pagar su deuda a la empresa pública Gazprom, habiendo decidido al parecer que la libertad de expresión no era más importante que el dinero). Mikhail Jodorkovsky terminó en la cárcel por fraude (habiendo trasladado beneficios petrolíferos a cuentas en el extranjero recurriendo a la manipulación de los precios de transferencia [*transfer pricing*]*), y su compañía, YUKOS, fue declarada en quiebra por el gobierno; sus activos fueron intervenidos para cubrir los atrasos fiscales de la empresa, terminando en las arcas públicas. Otra compañía petrolífera, Sibneft, fue comprada en el mercado abierto por Gazprom, aumentando la participación estatal en la industria petrolífera desde menos del 15 por 100 en 2004 a más del 30 por 100 un año más tarde.

Sin embargo, el mejor logro ha sido la mejora de los indicadores sociales. El crecimiento económico y la baja inflación no pueden impedir por sí solos la desintegración del país si la desigualdad social y los delitos no dejan de aumentar. La reconstrucción de la jerarquía del poder y la intensi-

* Determinación del precio de los productos o servicios que se intercambian las distintas divisiones de una compañía descentralizada. [*N. del T.*]

ficación de la centralización no tienen porqué impedir el hundimiento del Estado si no consiguen imponer el respeto de la legalidad y no limitan el crecimiento de la economía sumergida. De hecho, Putin ha sido criticado precisamente por haber concentrado cada vez más poder en sus manos sin que de ello se haya derivado un aumento del orden. Pero ahora parece que comienzan a aparecer los primeros signos de una estabilización real y no efímera.

La popularidad de Putin se explica en primer lugar por su capacidad de poner freno al hundimiento del Estado provocado por las reformas de la década de 1990. Todos los demás problemas quedan minimizados ante la amenaza de desintegración social y nacional. La mayoría de los ciudadanos rusos están dispuestos a perdonar a Putin por sus modales duros en el trato con los «oligarcas» e incluso con empresarios menos poderosos, por las «purgas» en Chechenia y por las restricciones de la democracia y de la libertad de expresión, con tal que sus medidas fortalezcan la seguridad ciudadana y pongan freno a la anarquía ilimitada de la década de 1990.

Los sondeos realizados en vísperas de las elecciones de febrero de 2004 preguntaron a los rusos cuál era su principal expectativa respecto a las actuaciones del nuevo presidente. El 58 por 100 quería que devolviera a Rusia a su posición de gran potencia capaz de hacerse respetar; el 48 por 100 que garantizara una justa distribución de la renta en interés de la gente corriente; el 45 por 100 que incrementara el respeto de la legalidad; el 43 por 100 que pusiera fin a la guerra de Chechenia; el 41 por 100 que redistribuyera el dinero que la gente corriente había perdido durante las reformas; y el 39 por 100 que fortaleciera el papel del Estado en la economía. Prioridades tales como «mantener a Rusia en la senda de las reformas» y «continuar con la política de estrechamiento de los lazos con los países occidentales» tan sólo cosecharon el 11 y el 7 por 100 respectivamente. En enero de 2000, antes de la primera victoria electoral de Putin, el 34 por 100 respondió afirmativamente a la pregunta «¿Le preocupa que Putin pueda establecer una férrea dictadura sostenida por las “agencias del poder”?», mientras que en enero de 2004, sólo el 26 por 100 mantenía esa opinión. El 57 y el 67 por 100, respectivamente, no se manifestaron preocupados.

Perspectivas

¿A dónde va Rusia? El futuro alberga numerosos peligros. El tipo de cambio real del rublo (la proporción entre los precios domésticos y los mundiales) es demasiado elevada. No ha dejado de crecer en los últimos cinco años y en 2006 superó los niveles que presentaba antes de la crisis de 1998. De resultas de ello, una caída de los precios mundiales de la energía podría provocar fácilmente una nueva crisis monetaria y una interrupción de la recuperación económica, a pesar de las abundantes reservas de divisas. Los precios domésticos de los carburantes y de la energía están

muy por debajo de los precios mundiales, creando incentivos para el consumo ineficaz de la energía y así Rusia presenta una de las mayores tasas mundiales de uso de energía respecto al PIB. A diferencia de los países de Europa del este y de muchas de las antiguas repúblicas soviéticas, donde los precios de los carburantes y de la energía ya han alcanzado y están aproximándose a los niveles mundiales, la reestructuración de la economía rusa dista mucho de haber terminado. En los últimos años Rusia debería haber devaluado lentamente el rublo, aumentando al mismo tiempo los precios domésticos del petróleo, el gas y la electricidad, compensando a los productores por las pérdidas acarreadas por el aumento de los costes de la energía, con la mayor competitividad que traería consigo la depreciación del rublo. Sin embargo, esta política ni siquiera se contempla en este momento.

Un segundo peligro lo constituye la reducción demasiado brusca de los impuestos que el gobierno acaba de poner en práctica (impuesto sobre la renta, impuesto de sociedades y el impuesto social único). Los críticos de tales medidas, que incluyen a la oficina moscovita del FMI, señalan con motivo que los actuales superávit presupuestarios están basados ante todo en los altos precios de los recursos energéticos, de tal suerte que, en caso de una bajada de los mismos, el gobierno podría volver a quedarse sin blanca. Además, no es el momento adecuado para bajar los impuestos cuando prácticamente todos los servicios públicos –sanidad, educación, defensa, sistema judicial y policial– son mucho peores que los que ofrece la economía del sector privado.

No faltan otros peligros: la corrupción, la ineficacia de los aparatos del Estado, los altos niveles de desigualdad social. Pero, en términos generales, Rusia está hoy en mejores condiciones que hace siete años, cuando Putin llegó al poder. Ahora Rusia necesita por encima de todo el fortalecimiento del orden público y la restauración de la capacidad institucional del Estado. La democracia también es necesaria, pero sólo más tarde, cuando haya sido impuesto el imperio de la ley. Ni que decir tiene que con ello se corre el peligro de que los gobernantes se sirvan de la centralización política para poner a todo el mundo bajo la dependencia de la «jerarquía del poder» y eliminar a la oposición para vivir con toda tranquilidad a expensas de los ciudadanos y embarcarse además si se presenta la ocasión en alguna correría. Así sucedió en Rusia con anterioridad. Pero es preciso elegir el mal menor. El fortalecimiento del orden público sólo es posible en un sistema centralizado. Sin centralización, no hay posibilidad de llevarlo a cabo; el caos desatado y el desorden se impondrán. Ésta parece ser la alternativa a la que se enfrenta Rusia en la actualidad.